

La Puga: una amistad entrañable

Adriana Sandoval

Para Isaac Levín

Fue en Oxford, en el año 76 o 77, donde coincidimos María Luisa Puga y yo para escuchar una conferencia de literatura latinoamericana. Llegué temprano a la sala y me puse a leer un libro de Cortázar que en ese momento me entusiasmaba. Una chica simpática, con ojos vivaces, peinado de paje y sonrisa agradable me hizo levantar la vista del libro: me preguntó a quemarropa: ¿ya leíste “La autopista del sur”? A partir de ese momento y hasta su lamentable muerte hace unas semanas, fuimos amigas.

Todavía no era ni remotamente famosa, de hecho, apenas trabajaba en su primer libro, *Las posibilidades del odio*. Estaba casada con Andras, un húngaro cosmopolita con quien había vivido en Kenia, Roma, París y entonces Oxford.

Hacíamos lo que hacen todas las amigas, conversábamos sobre nuestras vidas, sobre los mexicanos dentro y fuera del país, sobre los viajes y, sobre todo, de nuestras lecturas, pero también intercambiábamos recetas de cocina. Por encima de todo, de todo, nos reíamos mucho.

María Luisa fumaba en esa época Gauloises, que al volver a México cambió por Del Prado. Nunca pudo dejar el cigarro. Durante sus dos estancias en Nutrición para las operaciones de la cadera, se vio obligada a usar parches de nicotina para tolerar la abstinencia, pero en cuanto abandonaba el hospital, encendía de nuevo un cigarrillo.

En Inglaterra fumaba en la calle, caminando o en bicicleta. En más de una ocasión alguna viejita vestida de colores pastel la increpó y conminó a abandonar el vicio —y eso que no estaba ni en Estados Unidos ni en estos tiempos de intolerancia hacia los fumadores.

Durante esa época oxoniense, a las dos nos dio por tejer. Cargábamos los tejidos en lindas canastas africanas. No tejíamos nada en particular, simplemente tejíamos, de preferencia con agujas gruesas. Cuando el cuadro o la tira que María Luisa tejía llegaba a un momento crítico, difícil de

determinar, solía abandonar el tejido (sin la canasta), como por casualidad, en un autobús, o en un tren durante un viaje a Londres, en espera de que alguien más continuara la tarea aparentemente inútil o le encontrara algún uso al resultado parcial.

Poco antes de su retorno a México en el 78 (los fuimos a dejar al aeropuerto), la Puga nos dio la buena nueva de que su libro *Las posibilidades del odio* había sido aceptado para su publicación en el Siglo XXI de Orfila. Hubo regocijo generalizado entre sus amigos. Era el reconocimiento oficial de que era una escritora —aunque ella lo sabía desde hacía muchísimo tiempo. Su vocación siempre fue clara: escribía en lindos cuadernos de distintas hechuras, unos diarios que suman muchos volúmenes, con plumas fuente igualmente llamativas. El año pasado conversamos un poco sobre el asunto: además de seguir acumulando cuadernos, ya llevaba meses releendo lo escrito, desde el principio. “Ya voy por 1990”, me dijo. Hacía no tanto me acababa de enviar por correo electrónico un trozo en el que mencionaba que me había visitado en México para conocer a mi hijo Esteban de recién nacido.

María Luisa era una escritora nata, en el sentido de que lo que hacía era poner todo en palabras. La manera de imaginar, entender, explicarse el mundo, era, para la Puga, a través de las palabras. Buscaba, como todo escritor, el giro preciso que diera cuenta del matiz que había advertido, a diferencia del común de los mortales, a quienes algunas sutilezas de la vida pueden escapárseles.

A mi regreso a México, pasamos las dos por diversas etapas de separaciones y reuniones con parejas. Después de varios cambios de domicilio, teníamos ya rentada una casita en Coyoacán, que compartiríamos. De pronto, sin embargo, me anunció que se veía obligada a romper el trato, incluso antes de empezarlo, porque había aparecido Isaac en su vida, y ahí permanecería hasta su muerte (“¡qué contundente te viste!” imaginó que podría decirme ahorita). Isaac fue un equilibrio para la Puga, le dio una estabilidad importante, le ofreció cariño, admiración y amor. Fue un apoyo fundamental para ella especialmente durante su enfermedad (“*in sickness and in health*”). Una especie de ancla, de roca, que le permitía dedicarse a escribir y a dar talleres en Erongarícuaro y por internet. Alguna vez le comenté, y ella asintió con su sonrisa de siempre, que “se había sacado la lotería con este cuate”.

Por sus viajes o por los míos, la relación siguió de manera intermitente, y más tarde se dificultó por su decisión de irse a vivir con Isaac a

Zirahuén. A pesar de la distancia, nunca perdimos el contacto. Desde poco antes de mi año sabático en Madrid (2003-2004), habíamos renovado la intensidad de la amistad y nos veíamos cada vez que podíamos, cuando venía al D.F., además de continuar un contacto de mensajes electrónicos breves, pero sustanciosos.

Después de no verla durante algunos meses (por mi año sabático), no pude dejar de impresionarme un día que la visité en el hotel al que siempre llegaba: sumamente encorvada (nunca se paró totalmente vertical), estaba sentada en una silla de ruedas. Le habían diagnosticado artritis y el dolor era evidente en su cara, aunque no en sus palabras. Terminaba en esos días el que sería su último libro, el *Diario del dolor* (aunque tiene un par de novelas inéditas en su Mac, al igual que algunos cuentos). Vendrían luego las dos operaciones de la cadera, después de las cuales, con terapias y mucho esfuerzo de su parte, mejoró notablemente. La silla de ruedas era casi cosa del pasado; ahora caminaba con ayuda de una andadera. Era bueno verla de pie de nuevo, con otra cara, y sin dolor.

En esta última etapa de nuestra amistad, descubrimos un día que las dos nos habíamos aficionado a las palms. A diferencia de los primeros tiempos de nuestra relación, cuando el primer comentario al encontrarnos estaba dedicado a las lecturas (o relecturas) recientes, ahora la conversación se iniciaba con el descubrimiento del juego más reciente que habíamos bajado del internet. Revisábamos los juegos, las versiones más novedosas, intercambiábamos *sites*. Teníamos una nueva área de diversión conjunta.

Siempre nos reímos muchísimo juntas. Pasar una tarde con ella era garantía de un rato feliz. Su sentido del humor era bastante peculiar. A veces —pocas— era malicioso, pero no necesariamente. Tenía más que ver con matices, definiciones, metáforas de la realidad, con giros, imágenes del lenguaje, con poner en palabras la vida, pues.

Era una persona sumamente generosa. Durante mi estancia sabática, mi hijo Esteban (entonces de 16), comenzó a pensar que le gustaría escribir. Se lo comenté muy ufana a la Puga por internet. De inmediato se ofreció como su tutora personal. “Dile que me mande sus cosas y se las comento”, me dijo. Así lo hizo Esteban cada vez que tenía un texto preparado.

Siempre me gustaron sus zapatos y bolsas. Algunas veces las intercambiábamos. En los primeros tiempos eran tipo mochilas, o con muchas divisiones, o étnicas: las dos éramos asiduas visitantes de una tienda en Oxford llamada Oasis Trading, en Little Clarendon Street. Las plumas fuen-

te eran otro gusto en común: traicioné el color sepia que ella siguió usando siempre, para cambiar al color vino.

Con generosidad, me obsequió casi todas sus publicaciones, autografiadas con su caligrafía inconfundible. Escribí un par de reseñas de algunos de sus primeros libros, aunque hacía tiempo que no lo había intentado de nuevo. Pero cuando me obsequió el *Diario del dolor*, el deslumbramiento que me provocó el libro me obligó a escribir algunas líneas. Lo leí de un jalón y de inmediato escribí la mínima reseña, que le envié para su aprobación. Le gustó y me conmovió cuando me dijo que yo, a mi vez, la había conmovido. Esto es parte de lo que se publicó en *La Jornada semanal* (17/06/04):

Si bien en sus libros anteriores la voz de María Luisa se percibía primordialmente a través de la del narrador/a, o de la de algún personaje (sobre todo femenino), en este *Diario del dolor* es ella, la autora, directa, sin ambages, a la que escuchamos. Esta nueva publicación es relativamente breve (92 páginas): está dividida en cien fragmentos cortos, con diversos títulos.

La prosa de la Puga se ha destilado a través de los años. Tal vez por la intensidad del tema (el dolor), tal vez por la experiencia, por la notable soltura en la pluma que ha adquirido a través de los años, su estilo se ha vuelto perceptiblemente sintético y económico. Prescinde de lo superficial, de lo innecesario y se queda con un núcleo poderoso e intenso, al que es difícil mostrarse indiferente.

[...] En el curso de sus visitas era perceptible el malestar: en sus movimientos (o más bien falta de), en su postura, en las líneas de su cara, en su color, pero nunca, repito, nunca, en sus palabras, en su conversación —aunque hablara de su estado, de su situación, de su enfermedad. Nunca hubo autocompasión, nunca hubo una solicitud implícita de compasión a quienes la rodeaban; al grado de que, si una cerraba los ojos al estar con ella, podía perfectamente olvidarse de su estado. Incluso al hablar de su enfermedad, algo en su voz, en su actitud, la desarmaba (a la enfermedad, ahora sé que era en realidad al Dolor) y lograba hacerla parecer como ajena, como distante. Nunca dejó de admirarme su entereza, su fortaleza, su valentía. Ahora lo entiendo: la puesta en palabras de su relación con Dolor estaba reservada a este libro que ahora tenemos la oportunidad y el privilegio de leer.

Ella es la voz en primera persona, la protagonista de su libro. Recordemos las etimologías del primer agon, dos de cuyas acepciones pueden ser “competencia, conflicto”. María Luisa escribe para sí misma, fiel a su idea de siempre de escribir-se, pero también escribe para su interlocutor, el deuteragonista, Dolor, con mayúscula y sin artículo (que sí le otorga en el título).

La primera parte del texto es conmovedora, sin llegar a ser nunca sentimentaloides ni lacrimosa en un sentido peyorativo. María Luisa es capaz de poner en palabras que llegan de manera directa al lector, esta compleja rela-

ción con Dolor. Su elección de palabras es tal que nos permite comprender (en la medida de lo humanamente posible, es decir, en la medida en que a alguien externo le sea dado entender el dolor de otra persona), y experimentar, apreciar, analizar, desmenuzar junto con ella, sus vivencias.

A lo largo del texto María Luisa intenta exorcizar la presencia de Dolor. Empieza por tratar de conocerlo, de reconocerlo, de caracterizarlo, de entenderlo, de prever sus movimientos, su presencia y ausencia, su ubicación, su intensidad, su sentido. A medida que va avanzando el libro, va estableciendo una relación con él y lo va convirtiendo en su interlocutor. Así, empieza a dirigirse directamente a él, a interpelarlo, a conversar con él. Trata, por momentos, de influir sobre él, sobre su presencia, sobre su comportamiento, su intensidad. Ante la imposibilidad de deshacerse de él, busca convertirse en su cuate, en su cómplice. Dolor no responde con palabras, actúa. El diálogo, pues, es disparateo y desigual. Ella usa sus herramientas (la palabra), él las suyas (la acción).

El libro es la relación entre María Luisa y Dolor. Así de sencillo y de complicado. Llama poderosamente la atención que pese a estar centrado el texto en esta relación, pese a estar escrito en su mayor parte en primera persona, pese a girar en torno a un solo tema, nunca nos llega a fatigar, a aburrir. La razón es su habilidad escritural. Más me llama la atención (humanamente) que, pese a centrarse en su relación con el dolor, la Puga logra imbuir a su texto, en no pocas ocasiones, del sentido del humor que siempre la ha caracterizado como persona. [...]

A botepronto, sin releer sus libros, me gustan de manera especial *Las posibilidades del odio*, en particular con el relato sobre el mendigo, algunos cuentos (como el de la parturienta que se suicida por la depresión postparto, “Joven madre”) y el *Diario del dolor*.

Era una amiga muy querible y entrañable. Ya la extraño y estoy segura que siempre me hará falta. ●